

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV * 20 de diciembre de 1890 * Núm. 164 *



LA MADEJA

UN RATO DE CHARLA

HEMOS llegado á los solemnes días en que se celebra la festividad del Señor. Época es esta siempre dulce, siempre profundamente conmovedora.

Parece que, coincidiendo con el solsticio de invierno, los corazones se dilatan y repitan con los ángeles del pesebre de Belén: —*¡Hossana en las alturas! ¡Paz á los hombres de buena voluntad!*

Las fiestas de Navidad son una verdadera necesidad en la vida humana: son el tiempo de la tregua á las desenfrenadas pasiones, una pausa en el movimiento más ó menos desagradable de la existencia diaria. Así se ve que los pueblos que con más entusiasmo conmemoran el Nacimiento del Señor son precisamente los pueblos más laboriosos: Inglaterra, por ejemplo.

Tienen por carácter distintivo estas fiestas el ser eminentemente familiares. No se comprenden fuera del seno del hogar. Allí está reconcentrada toda la alegría.

Un refrán que empleamos los catalanes dice: «*Per Nadal cada ovella al seu corral*» ó «*Per Nadal cada hu al seu hostal*» («Por Navidad cada oveja en su corral» ó «Por Navidad cada uno en su casa»), y el refrán es cuerdo.

¡Qué jolgorio en todas las moradas, por humildísimas que sean! ¡Qué concierto de júbilo en todos los estados sociales! ¡Qué hermosa nivelación de francos, honrados y dulces sentimientos!

En las ciudades muy grandes, sin embargo, la emoción tiene necesariamente que diluirse algo; pero en las modestas capitales, en las ciudades y villas, celébrase la Navidad en todos sus aspectos, predominando la forma religiosa, observada afortunadamente por la grandísima mayoría de vecinos.

¡Si yo pudiera volver donde nací! Hay allí una catedral soberbia, inmensa, magnífica, y hay que verla por Navidad, cuando los enormes pilares desaparecen bajo riquísimos tapices flamencos, cuando los negruzcos muros del presbiterio se cubren de suntuosas colgaduras de terciopelo franjeadas de oro, y cuando, en medio del colosal retablo de la capilla mayor, aparece divina, risueña, bajo majestuoso dosel, la imagen de plata del Niño Jesús, Rey de los Cielos, Omnipotente, Eterno.

Celébrase en aquella catedral el culto con tanta pompa como solemnidad. La catedral llena la ciudad (y lo que no llena la cate-

dral podrá ser moderno, pero no es nada simpático), y el vecindario acude allí con el corazón latiendo en perfecta consonancia con la imponente magnificencia de la gran mole. El templo es tan grande que la asistencia, por considerable que sea, queda como anegada bajo las enormes bóvedas (igual que se ve en San Pedro de Roma), y el silencio y compostura son tan extremados que la voz apagada del Arzobispo llega hasta los últimos rincones.

Por Navidad la severa catedral parece que se transforma y que sonrío: el órgano, inmenso, retoza, canta, ríe, gorjea, refila, muge, lanzando de sus pulmones ciclópeos desde la nota más grave á la más aguda, imitando al ruiñeñor, las castañuelas, la flauta, el esquilon; óyense arpegios de pájaros, ruido de zambombas, voces pastoriles, acentos celestes; y el labrador se estremece de emoción al cosquillearle los oídos el eco de la melancólica canturía con que acompaña el tardo paso del mulo que lleva uncido al cuello el yugo del arado, y se estremece el pastor al oír repercutir bajo las góticas naves su monótona melopea, y allá, en el mar, suspira el marinero al ver brillar, á través del gran rosetón central, la luz plateada de la legendaria lucerna que arde en lo alto del presbiterio...

Pero me dejo llevar de mis novelescas reminiscencias, y de seguro voy á parecer soso, y hasta *potaso*, á más de cuatro camaraditas. En fin, muy felices Pascuas, y pensad, antes de sentaros á la mesa, que hay muchos necesitados á quienes socorrer.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



NOCHE BUENA

HACÍA un frío horrible, espantoso, siberiano.

Durante el día el barómetro había oscilado con tendencias á una baja rapidísima: al anochecer ésta se inició francamente, quedando la columna barométrica á cinco bajo cero; temperatura apenas conocida por los vecinos de Ampuero, acostumbrados á disfrutar de continuo de un clima casi primaveral.

A ser aquel un día como los demás, el mal hubiera sido, en parte, remediable: todo el mundo se hubiera quedado á casita, y, bien arropaditos, al amor de la lumbre, se hubieran desafiado de la mejor manera los rigores del inesperado invasor. Pero en vísperas de Navidad las precauciones holgaban, ya que cada hijo de vecino tenía algo que le llamaba fuera de casa. Era preciso, pues, echarse á la calle y armarse de la debida resolución para sufrir de grado ó por fuerza las frías caricias de aquel día sin precedentes entre los buenos ampueranos.

Y ¡cómo andaban las gentes! Fugitivos parecían todos los transeuntes á juzgar por el paso que llevaban. Muchos criados con sendas bandejas en cuyo centro campeaba la tradicional caja de anguilas de mazapán de Toledo; criados llevando de la mano á niños que van al colegio á recoger la décima ó á la feria en busca de alguna figurilla que á última hora les faltó para arreglar el improvisado belén; señoras que han esperado el último día para hacer sus encargos para *mañana*; chicos grandullones que pasean la huelga de clase, y vendedores que se retiran de sus puestos; dan á las calles animadísima y alegre fisonomía. Nadie, sin embargo, se fija en nadie: el frío arrecia sin piedad, y los viandantes abrevian en lo posible sus tareas para volver cuanto antes á su hogar.

¡A su casa! A ella van los que la tienen: los que no la tienen buscan en los atrios de las iglesias ó en los pórticos de la gran plaza un débil asilo donde resguardarse de aquella noche inclemente y cruel.

Cansado de fatiga, extenuado por el hambre, tiritando de frío y atraído por el calor que de su centro partía, un pobre niño se refugia en el dintel de una puerta de magnífica y suntuosa morada. El patio es anchuroso y elegante. Destácase en el centro regia escalinata defendida por lujosa banda de terciopelo rojo. En los descansos, lacayos con vistosa librea conservan la cómica rigidez de tallados maniqués. En los muros se admiran caprichosos tapices que, con las luces y los macizos de plantas tropicales que adornan el patio, dan al conjunto una perspectiva de soberbia suntuosidad. Al poco rato, las grandes puertas de cristales que defienden el lujoso vestíbulo, se abren de par en par para dar paso á gran número de carruajes que van llegando. De ellos descenden niños bellamente ataviados y acompañados de sus respec-

tivos papás. Con ridícula gravedad suben la hermosa escalinata y penetran en el cuarto principal. Allí espera á la gente menuda la grata sorpresa del



Pastoral

árbol de Navidad: todos recogerán *bibelots* y juguetes preciosos. Luego habrá cena, misa de gallo, fiesta completa. Sin embargo, tanto fausto y tantos esplendores pasan desapercibidos para el pobre niño que está acurrucado junto

al portal: el infeliz es ciego. Un niño ciego es una cosa horrible, una almita sin auras, un pecho sin alegrías, una cara sin sonrisas, un pobre ser que atraviesa la luminosa mañana de la vida sin poder gozar ni uno solo de sus esplendores, una imaginación sombría y apagada, á la que no vale hablar del azul del cielo ni de los rayos del sol, porque vive en la noche eterna. Noche, sí, noche muy negra era la que llevaba dentro el pobre niño, que no sentía ya sólo la triste soledad en que vivía condenado: sentía hambre y frío, y, como contraste sangriento, rodar de coches, charla y reír de niños, de niños como él, pero infinitamente más felices y afortunados.

Una congoja horrible se apoderó de su alma: debía de estar muy cerca el cielo cuando tanta dicha y felicidad adivinaba en derredor. Si era así, ¿por qué no le llamaba Dios? ¿No era aquélla, según se desprendía de las canturías que llegaban á sus oídos, la Noche Buena? Entonces, ¿por qué era tan triste y tan despiadada para él? Volvió los ojos del alma al cielo y vió mucha sombra: los bajó desolado y lloró. Al pronto percibió que sus rodillas flaqueaban, negándose á sostenerle. Cediendo á su extrema extenuación, su débil cuerpo dió contra las baldosas de la acera, cayendo desfallecido.

La noche había cerrado por completo. Si en el interior de la suntuosa morada, contra cuyos muros buscó apoyo el desvalido niño, todo era alegría, luz y esplendor, en la calle la oscuridad era muy densa, el frío, más que insoportable, cruel. Caían grandes copos de nieve. Parecía aquello una lluvia de hojas de rosa ó de camelia. No parecía sino que los ángeles se entretenían en deshojar las flores más hermosas que se crían en los verjeles del paraíso para celebrar de esta suerte el Nacimiento del Niño Dios. Pero el contacto de aquellas nevadas flores era tan frío, tanto, que poco á poco fué dejando insensible el débil cuerpo del pobre niño.

Un sueño dulce y suave acabó por aletargarle, sustrayéndole á toda nueva y penosa impresión.

Ya no descansaba sobre el piso enlosado de la oscura calle, sino en un lecho de níveas azucenas que despedían perfume suave y confortador. De los pies de su lecho arrancaba una ancha escalera con peldaños de oro. Por ella descendían ángeles con cítaras y doradas arpas, bienaventurados envueltos entre aureolas de gloria, santos con espléndidas y holgadas vestiduras, calzados los pies con sandalias de finas pedrerías y ceñida la frente con celestiales esplendores. Todos marchaban en pos unos de otros: majestuosos los unos, imponentes los otros, plácidos y sonrientes los demás. ¿Dónde iban? El niño abandonó su lecho y los siguió. En pos de ellos dió en un paraje solitario y triste. En oscuro y abandonado portal un niño recién nacido lloraba de frío en brazos de una santa mujer. El espléndido cortejo se paró y todas aquellas grandezas se postraron á los pies del recién nacido; pero el niño seguía llorando, en tanto su madre le contemplaba con infinita, con extrema piedad.

Una sacudida nerviosa despertó de nuevo al ciegucecito. Intentó levantarse

y echar á andar, pero las fuerzas le faltaron, apoderándose de él extraño sopor. La influencia del reciente sueño había obrado, en su ánimo, extraordinario bien. No se consideraba ya ni tan solo ni tan desgraciado. No todos los niños tienen árbol de Navidad por Noche Buena. Los que lloran de hambre y de frío son infinitos, bien que los afortunados lo ignoran, como que, á fuerza de ignorar, ignoran muchos que en esta hermosa y tradicional noche lloró de frío el mismo Hijo de Dios.

Al clarear del siguiente día, cuando los carruajes puestos en larga fila esperaban junto á la puerta de la aristocrática morada á los niños que habían ido á disfrutar de las emociones del árbol de Navidad, el ciegucecito yacía rígido y exánime en medio del arroyo. Algunas palabrotas de jaez lacayuno fueron su triste oración fúnebre. Luego el carro lo recogió y el pobrecillo fué á aumentar el montón: su alma había aumentado ya el más hermoso coro de ángeles, el que está más cerca del Trono de Dios. En él forman los niños que, privados de la vista, han vivido en continua sombra: como compensación á tanta oscuridad, contemplan frente á frente la verdadera luz.

ANTONIA OPISSO



VILLANCICO

—¿Adónde bueno, zagal?
 —A un portal.
 —¿Hay algo bueno que ver?
 —Un clavel.
 —¿Quién nos le ha brotado agora?
 —El aurora.
 —Y ¿de qué color le ha dado?
 —Encarnado.
 —Hagamos guirnaldas de flores
 para ir, zagalejo, á Belén;
 que á la rica corona de estrellas
 hoy desluce un hermoso clavel.

Tan alta grandeza abona
 á un clavel hoy en el suelo,
 que rinde á su luz el cielo
 los astros de su corona.
 Ya es abrasada zona
 la que el hielo hizo cristal.
 —¿Adónde bueno, zagal? etc.

Si este clavel la cabeza
 le ilustra con sus favores,
 vencerán tus resplandores
 al firmamento en belleza.
 De justicia y de pureza
 tendrás corona inmortal.

—¿Adónde bueno, zagal?
 —A un portal.
 —¿Hay algo bueno que ver?
 —Un clavel.
 —¿Quién nos le ha brotado agora?
 —El aurora.
 —Y ¿de qué color le ha dado?
 —Encarnado.
 —Hagamos guirnaldas de flores
 para ir, zagalejo, á Belén;
 que á la rica corona de estrellas
 hoy desluce un hermoso clavel.

GÓMEZ TEJADA DE LOS REYES





DISFRAZ DE CABALLERO DEL TIEMPO DE CARLOS I DE INGLATERRA.



ARTISTAS AMBULANTES

EL ARBOL DE NAVIDAD

Á MIS QUERIDOS HIJOS

I

QUE te calles: ¿oyes? ¡Menuda musiquilla traes *dende* que salimos de casa! Ya te he dicho que te compraré un nacimiento.

Esto decía un hombre alto, seco de carnes y pobremente vestido á un pequeñuelo de poco más de ocho años de edad, que le seguía por el camino que conduce desde el pueblecillo de la Prosperidad al de Hortaleza en la tarde precedente á una Noche Buena. Pascualillo iba muy afanoso por andar al paso largo al lado de su padre, y cuando se quedaba detrás daba una carrerilla como perro faldero tras del amo. El muchacho era fuerte y colorado, llevaba las manos metidas en los bolsillos de un recio chaquetón, y una boina azul encasquetada hasta cubrir con ella sus orejas, arrecidas de frío. De tiempo en tiempo tornaba á pedigüeñar lamentosamente y así como si se enojase.

—Padre: *me compre* V. un nacimiento, más que sea de dos pesetas.

—¡*Condenao!* ¿No te ha dicho madre, antes que saliéramos de casa, que si el ama le daba algo habría de mercarlo, mejor dicho, te pondría el dinero en la mano para que te lo comprases? Cuando más que no necesitas nacimiento... ¡Bueno le tendrás en casa de los hijos del amo!

—¡Ánda! ¡Eso es! ¿Qué se me da á mí con que ellos lo tengan?

—Como que ha dicho la señora que vayas á divertirte con los niños.

—¡Eso! ¡Para el tonto que se la trague!...

—Sí, hombre, sí: que vas esta noche allí á atiborrarte de cosas buenas.

El muchacho no podía creer en tanta felicidad, y tomó la promesa como un pretexto que daba su padre para no gastarse un real en cosas buenas.

Iban por la ondulante carretera, profunda por unos sitios, empinada y fatigosa por otros, llena entonces de surcos, de barrizales hollados por las grandes ruedas de los carros. Débiles y escuetos arbolillos de afiladas ramas, que se doblegaban, como si temblasen, al soplo del frío viento de la sierra, se veían á uno y otro lado del camino. Una neblina azulada y oscura velaba el lejano Madrid, que aparecía como difuminado sobre el fondo perla mate del espacio, en contraste con los lomos, picos y recortes del Guadarrama, cubiertos de nieve resplandeciente como la plata. Los pajarillos, gorriones y terreras, en bandadas, se abatían sobre los yermos campos. En los grandes montones de estiércol, que en el sol tomaban un color de oro viejo, y que aquí y acullá, entre huertos y tejares se alzaban, picoteando las gallinas, corriendo los perros ó revolcándose inmundos los lechones, se producía lo único de vario y ruidoso en la triste y solitaria extensión de tierra por la cual cruza la carretera, polvorienta y blanquecina.

Traspusieron, Pedro y su hijo, una altura, y vieron el arbolado, los cipreses y las torrecillas de Hortaleza. Pascualito iba callado por no enojar á su padre y á la vez en profunda preocupación ante lo misterioso de aquel viaje.



Instrucción y recreo

El niño había acompañado otras veces á su padre, pero no más que hasta las Ventas ó por viandas que entrar en la población como matute. Pero ¿por qué causa le habría hecho su padre ir hasta Hortaleza desde la casa en que vivían, situada no lejos de la Castellana, en una finca de la cual Pedro era

guarda? Y como, en todo lo misterioso, chicos y grandes, hallamos avivado un grande interés, mezcla de temor y de curioso deseo, á merced de estos extraños afectos, ya Pascualillo casi se olvidaba de pedir el querido juguete.

El pueblo estaba bullicioso con sus ruidos de tambores y el *bu bu* de las zambombas. Pedro se dirigió á casa de la Micaela, hermana de su mujer, y la habló en voz baja algunas palabras, que la pusieron en tal movimiento é impaciencia que al poco tiempo ya tenía aparejada la burra á la puerta de la casa y, abrigándose la buena mujer con un recio mantón y tomando á Pascualillo en brazos, subió con él en la caballería y antes de anoecer se hallaron en camino, seguidos de Pedro, que marchaba á pie, y todos en dirección á Madrid.

Ya se figuraba Pascualillo acertar á qué habían ido él y su padre á Hortaliza: ¡á convidar á Micaela á una buena colación!

(Se concluirá)

JOSÉ ZAHONERO

LA NOCHE BUENA DE UN NIÑO

(A MIS QUERIDAS PRIMITAS TERESITA, ISABEL Y LEONOR)

PARA vosotras, mis queridas primitas, que vivís felices y tranquilas, sin que ninguna nube venga á empañar el purísimo cielo de vuestra existencia; que tenéis una madre que cariñosa se desvela por vuestro bienestar, que ríe cuando la sonrisa asoma á vuestros labios, que llora cuando las lágrimas se escapan de vuestros ojos; que dormís en mullidos lechos y tapaditas con blancas sábanas: para vosotras, mis queridas pequeñuelas, escribo estos desaliñados renglones, no producto de mi imaginación, sino relato verídico de un hecho que presencié poco há.

*
* *

Era la noche en que todo es animación, bullicio, alegría; en que por todas partes se escuchan alegres villancicos en honor del niño Dios; esa noche que se ha denominado *Buena* para indicar que es mejor que las restantes del año; esa noche, en una palabra, en que se conmemora el natalicio del que murió en el Gólgota por redimirnos.

Era Noche Buena.

Doquier que se dirigiera la mirada se encontraban lujosos escaparates repletos de dulces, juguetes y esas mil *chucherías* propias de esa noche; por todas partes se veían *papás* y *mamá*s que entraban gozosos en confiterías y bazares para comprar los *ingredientes* del árbol de Navidad que esperaban ansiosos sus pequeñuelos.

Los transeuntes andaban de prisa, pues la noche era cruda en exceso y se temía que una copiosa nevada cayese mientras se celebraba la colación en todos los hogares, pues esa noche se conmemora lo mismo en los lujosos palacios de los reyes que en la desmantelada boardilla del obrero.

Pero no todos eran seres felices aquella noche: un pobre niño, extenuado de hambre y de frío, mal cubiertos sus débiles miembros con unos miserables harapos, sentado en las gradas de un templo, sostenía con una mano una arpa, mientras la otra la extendía en actitud de demandar una limosna.

¡Pobre niño! Él no disfrutaba de la alegría de aquella noche: por el contrario, una líquida perla se desprendía de sus ojuelos azules y resbalaba por sus macilentas mejillas.

Los transeuntes pasaban por delante del pobre niño sin dignarse dirigirle ni una mirada compasiva.

El infeliz mendigo, haciendo un supremo esfuerzo, empezó á cantar el *Ave María* de Gounod, acompañándose con el arpa. Bien pronto un grupo rodeóle; y al poco rato eran tantos los que habían engrosado el grupo, que se hacía imposible el tránsito por frente al templo.

¿Cuál era la causa? El pobre niño que había logrado conmover á los circunstantes con su melodioso canto.

¡Ah, que aquello, más que notas, eran quejidos que exhalaba un alma enferma! En ellas iba envuelta una protesta á la sociedad que le abandonaba en aquella noche en que la risa asomaba á todos los labios y la alegría reinaba en todos los corazones y en que él solo no tenía un albergue donde cobijarse, no tenía un lecho para descansar, no tenía una madre que cariñosa estampase un ósculo en su frente, no tenía dulces, no tenía juguetes, no tenía árboles de Navidad, no tenía, en una palabra, lo que la mayor parte de los niños de su edad poseían.

Cuando terminó, un *¡bravo!* atronador se escapó de todos los labios y cien manos cogieron las del niño. Mas ya era tarde: los que tal hicieron se encontraron con la mano yerta y fría de un cadáver.

Dios, anteponiéndose al deseo de los mortales, hábale dado hospitalidad en el cielo: aquella noche formaría parte del coro de los arcángeles.

*
* *

¿Qué os ha parecido la historieta? ¿Decís que es muy triste? Pues todo ello es verdad. Recordadlo en las largas veladas del invierno cuando al amor de la lumbre escuchéis, embebecidas, cuentos fantásticos y maravillosos de labios de mamá, y pensad entonces que no todos son seres felices y que hay también, en esas frías noches, quien no tiene más lecho que las duras gradas de un templo ni más sábanas que el ampo de la nieve.

ARTURO CLAVERIA LLOBET

NUESTROS GRABADOS

LA MADEJA

La niña ha confiado á su hermanito el cuidado de sostener la madeja; pero en mal hora se le ocurrió tal idea, pues el enredo no es para contado, sin contar con que el gato ayuda muy bonitamente á aumentar el embrollo. Mucho será que pueda aprovecharse nada.

PASTORAL

Este grabado demuestra la falsedad de aquel viejo apotegma según el cual no podía haber cuadro bueno si dejaba de haber alguna figura humana. Ahí son *inhumanas* todas las figuras, y, sin embargo, ¡qué profunda impresión no produce esa escena, impregnada de majestuosa tranquilidad!

DISFRAZ DE CABALLERO DEL TIEMPO DE CARLOS I

El niño se ha poseído tan concienzudamente de su papel que cualquiera le tomaría por un Buckingham redivivo. Aparte de esto, confesemos que el traje es elegantísimo.

ARTISTAS AMBULANTES

Madre é hija van por esos mundos de Dios ganándose la vida con una guitarra y una pandereta. ¡Qué de miserias no podrían contar esas dos desgraciadas, que quizás algún día se vieron en envidiable situación!

INSTRUCCIÓN Y RECREO

Una niñita que al par abraza á su muñeca y mira los grabados de EL CAMARADA. Y en que es muy bonita (no la muñeca, sino la niña), no creo quepa la más insignificante discrepancia.





CUENTOS RUSOS

LA NORKA ⁽¹⁾

CRANSE un rey y una reina que tenían tres hijos: el mayor y el mediano muy despejados; el menor bastante corto de alcances.

Poseía el tal rey un parque en el cual había toda clase de animales montaraces; y como tenía mucha afición á este coto, al cual iba á cazar muy á menudo, afligíale en extremo el ver que una gigantesca norka hacía en él terribles estragos, devorando todas las noches varios animales de los que en el parque se criaban para solaz de la corte.

Bien hizo el rey cuanto se le pudo ocurrir y cuanto le aconsejaron para exterminar á tan dañino huésped; mas fueron de todo punto infructuosos sus afanes. Desesperado al fin, llamó un día á sus hijos y les habló de esta manera:

—Aquel de vosotros que logre dar muerte á la norka recibirá en recompensa de su hazaña la mitad de mi reino.

Ofrecióse desde luego el hijo mayor á llevar á cabo la arriesgada empresa. En cuanto cerró la noche, tomó sus armas y fué para el parque; mas tuvo la desgracia de encontrar una taberna en su camino, y, no pudiendo resistir la tentación, entró, hízose servir una botella de vino y al cabo de un rato ya dormía, hecho una uva. Al volver en sí ya era tarde para acometer la empresa, pues empezaba á asomar la luz del alba por las puertas de oriente.

Pesóle mucho la aventura, conociendo que había de enemistarle con su padre; pero como ya no tenía remedio, volvióse muy cabizbajo y cariacontecido á darle cuenta de su desgraciada expedición. Enojóse mucho el rey, y mandó á su hijo segundo que fuese á probar fortuna á su vez, haciéndole muy sabias recomendaciones para que tuviesen más dichoso éxito sus esfuerzos; pero, así y todo, le sucedió á éste exactamente lo mismo que á su hermano. El enojo del rey fué tan grande que no quiso recibirle ni que le hablasen más del asunto.

Al tercer día el hermano menor declaró que él se comprometía á ejecutar la proeza que sus hermanos no habían podido hacer. Éstos se rieron grandemente de sus pretensiones, calificándole de fanfarrón, porque no comprendían que un bobo tan rematado como él fuese capaz de hacer lo que ellos, siendo

(1) La norka de este cuento es un ser fabuloso; pero, considerada zoológicamente es la nutria.

más listos, no habían podido llevar á cabo. Pero el mozo, despreciando sus burlas, tomó las armas y dirigióse al parque. Una vez allí, sentóse en el mullido césped como disponiéndose para echar un sueño, mas en realidad con la intención de no pegar los ojos y poniendo de tal manera las armas que por necesidad tuviesen que despertarle con su ruido si por ventura llegaba á dormirse.

A media noche retembló la tierra y entró en el parque la norka, que era un animal de agigantadas proporciones. Entonces el príncipe se puso en pie de un brinco y avanzó con resuelto ademán hacia el monstruo, que al verle retrocedió como amilanado, corriendo el mancebo tras él para darle muerte.

Poco tardó éste en convencerse de que mientras le persiguiese á pie no había de alcanzarle nunca; y así entró en una cuadra, saltó sobre el caballo que le pareció más brioso y ligero, y, corriendo en pos del monstruo, que se hallaba ya á mucha distancia, logró por último alcanzarle y empezó la lucha. Tres heridas recibió en ella la norka después de mucho pelear, tras de lo cual los fatigados contendientes cayeron de puro rendidos, y el príncipe, sin poderlo remediar, cerró los ojos, quedando profundamente dormido.

Verlo la norka y echar á correr fué todo uno. Pero el caballo, que advirtió tan cobarde huída, despertó á su amo, y, volviendo éste á montar, dió caza á su enemigo, obligándole á renovar el combate, en el cual recibió el monstruo tres heridas más; pero, suspendida la lucha por el cansancio de los combatientes, volvió el príncipe á dormirse y volvió á huir la norka. Como la otra vez, despertó el caballo á su amo, el cual, lleno de cólera, infirió todavía otras tres heridas al monstruo.

De pronto, cuando por cuarta vez le perseguía el príncipe, corrió la norka hacia una enorme piedra blanca, la levantó y escapó al otro mundo, gritando en son de desafío:

—¡Ahora no has de alcanzarme sino entrando aquí!

Volvió el príncipe á su casa, y, después de referir á su padre punto por punto cuanto acababa de sucederle, le pidió una cuerda bastante larga para llegar con su ayuda hasta el otro mundo. En cuanto se la hubieron dado, llamó el príncipe á sus hermanos, y, juntamente con ellos y algunos criados, después de preparar cuanto podían necesitar en el espacio de un año, emprendió la marcha hacia el sitio en el cual había desaparecido la nutria lanzándole su reto. Allí construyeron un palacio para habitarlo el tiempo que hubiesen de permanecer en aquel sitio; pero cuando estuvieron ya terminados todos los preparativos dijo el hermano menor á los otros:

—¿Quién será, hermanos míos, el que levante esta piedra?

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: ARCA DE SAN BERNABEO. principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371. BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA